

DE lo humano y lo divino en la literatura medieval:
SANTOS, ÁNGELES Y DEMONIOS

© JUAN PAREDES (ED).
© LOS AUTORES de sus textos.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
DE LO HUMANO Y LO DIVINO EN LA LITERATURA
MEDIEVAL: SANTOS, ÁNGELES Y DEMONIOS.
ISBN: 978-84-338-5389-9.
Depósito legal: GR./ 1.286-2012.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Fotocomposición: TADIGRA S. L. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.
Ilustración de portada: Apocalipsis. Bibliothèque Nationale
de France. Ms. François 403
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repogrdficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

LA sabiduría eclesiástica frente a las tentaciones
DEMONÍACAS EN *FLORISANDO* (11510)

DE PÁEZ DE RIBERA

María Aurora García Ruiz

Universidad de Jaén

Transmitir una ideología y adoctrinar al lector son finalidades literarias de la obra *Florisando* de 1510 de Páez de Ribera. Uno de los procedimientos que el autor utiliza para conseguir estos fines son las digresiones moralizadoras. Estas irrupciones son introducidas en el libro por diversos personajes entre los que caben destacar la figura del ermitaño y del monje Enselmo, sin olvidar a Florisando y algunos otros personajes secundarios. Recordemos que Florisando fue criado por el ermitaño con sus estrictas enseñanzas morales y religiosas y, como discípulo suyo, llegará a hablar en numerosas ocasiones, tal y como lo hace su propio maestro.

Partiendo de la división estamental establecida en el medioevo y recogida en numerosos tratados de la época —entre ellos el *Doctrinal de Cavalleros* de Alonso de Cartagena— descubrimos que, en esta división o clasificación, se pueden insertar los tres personajes mencionados (el ermitaño, el monje Enselmo y Florisando) en dos de las tres órdenes mencionadas:

Defensores es uno de los tres estados por que Dios quiso que se mantoviese todo el mundo; ca bien así como los que ruegan a Dios por el pueblo son llamados oradores, e otrosí los que labran la tierra e fazen en ella aquellas cosas por que los omnes han de bevir son dichos labradores, otrosí los que han a defender a todos son llamados defensores (Cartagena, 1995: 21).

Esta división deja explícito un orden impuesto durante siglos. Florisando es el máximo representante de la figura del defensor pues, será caballero elegido por Dios para defender los valores de la cristiandad, prestará su auxilio a las doncellas en apuros y socorrerá a todo aquel que necesita su ayuda; dará gracias a Dios por cada uno de sus triunfos, no atribuyendo nunca sus logros a sí mismo.

La pertenencia de este personaje a los *bellatores* es expuesta también por otros personajes. Acerca de los *bellatores* opina la duquesa: «Conviene buscar para mi persona e las de mis hijas fuertes valedores e defensores, assi

de los cuerpos como de los bienes. E por esto he pensado en la pasión de Florisando [. S o b r e los *bellatores* son numerosas las citas que aparecen en el *Florisando*. Se exaltan las cualidades de un caballero reconocido por sus aptitudes morales como casi santo. Afirma José Amezcua acerca de este tipo de caballero: «Igual que el santo, el caballero tiene puesta la fe en Dios y rechaza los bienes terrenales; lo mismo que al fraile, se pide al caballero que sea casto y que tenga fortaleza de espíritu; el código caballeresco que inclina al hombre de armas al auxilio de los menesterosos parece tener un mismo origen que la piedad del *hombre de orden*» (Amezcua, 1984: 64).

Asimismo, en esta obra los *oratores* son encarnados por los religiosos y el ermitaño, e incluso aparece la figura del Papa. Los personajes religiosos son descritos como salvadores que efectúan grandes esfuerzos y sacrificios. Con influencias del género hagiográfico y de la patristica aparecen santos, clérigos, monjes y ermitaños que rescatan a reyes, reinas, emperadores, príncipes y princesas de múltiples peligros con el poder de la oración. El máximo representante celestial en la Tierra, el Papa, explicará que mientras los guerreros luchan con su cuerpo y sus armas de acero, los hombres dedicados al terreno eclesiástico luchan con la oración y con las armas espirituales³. Esta misma idea está presente en muchos otros autores, tal es el caso de la difundida doctrina de Adalberón, obispo de Laón en el siglo XI⁴.

1. Las citas que presentamos de *Florisando* han sido extraídas de la *editio princeps* de 1510 impresa en las prensas salmantinas de Juan de Porras. Transcribo de acuerdo con los criterios de edición del Centro de Estudios Cervantinos. Anotaremos la obra con la abreviatura *Fio* seguida entre corchetes del número de folio anotando si es verso o recto, así como la columna. Esta cita pertenece a *Fio* [Fol. 135 v b],

2. «E no pongo duda que nuestras personas no ayan fecho allá tanta falta que vengán los de la tierra por falta de defensores en tal estrecho que haga algunas cosas desservicio de Dios e menos cabo de su fe e deshonor de sus personas e del rey Amadís e la reina Oriana, naturales señores d'ella», en *Fio* [Fol. 51 v b].

3. «Hermanos, —dixo el Papa— ya sabéis cómo siendo la persecución manifiesta contra la salud de la iglesia que la fe son adversarios, e el día e tiempo de la batalla oponernos (...) e no buscásemos algún medio para que nós, desde acá, por oraciones e vosotros, de allá, con plegarias, aquellos grandes salgan de aquella pena (...) e estas armas espirituales pongamos por Dios assi como ponen ellos los cuerpos», en *Fio* [Fol. 99 v a].

4. «(...) la sociedad está casi dividida en tres órdenes (...) Los nobles son los guerreros, los protectores de la iglesias. Defienden a todo el pueblo, a los grandes lo mismo que a los pequeños, y al mismo tiempo se protegen a ellos mismos... Así pues la ciudad de Dios que es tenida como una, en realidad es triple. Unas rezan *oratores*, otros luchan *bellatores* y otros trabajan *laboratores*. Los tres órdenes viven juntos y no sufrirán una separación. Los servicios de cada uno de estos órdenes permiten los trabajos de los otros dos. Y cada uno presta a su vez apoyo a los demás.», en Migne, «*Patrología Latina*», CXLI, Artola (trad.), en *Textos para la Elistoria*, Revista de Occidente, (1969), pág. 70.

El último estamento mencionado, el de los *Laboratores*, es el que se compone de aquellos hombres que trabajan la tierra, estamento reflejado igualmente en el *Florisando*;— aunque sólo— en el capítulo XVI de esta obra aparece un personaje de esta clase, si bien de él se dice poco⁵. Por todo esto, podemos decir que Páez de Ribera nos presenta en su libro personajes de estos tres órdenes, preferentemente a *bellatores* y *oratores*, haciéndose eco de la forma de entender el mundo social en su época.

Si analizamos detenidamente los personajes del estamento eclesiástico conoceremos cuáles son sus funciones dentro de esta obra caballeresca. Al estudiar la figura del ermitaño observamos que, en su primera aparición en el relato, se presenta como encargado de bautizar a Florisando. Éste es un acto que no debemos pasar por alto, pues la llegada al mundo requería la purificación de los pecados. Y aunque Corisanda, madre de Florisando, sigue la tradición cristiana no podemos obviar que este caballero es fruto de una unión extramatrimonial; Páez desea purgar dicho pecado de inmediato y como creador literario propone al Ermitaño como personaje encargado, desde el principio, de introducir al niño en el mundo de la fe cristiana y de sus creencias; así, será el ermitaño el que proponga vías para la expiación de los pecados en sus diferentes etapas: infancia, mocedad o madurez.

Esta tarea de educador será desempeñada por personajes pertenecientes a otros estamentos sociales en los diversos libros del ciclo amadisiano. Por ejemplo, Amadís, protagonista de los cuatro primeros libros, será criado con honra y mimos por el rey Languines junto a Gandalín⁶, dedicando su tiempo a la caza y la lucha. Sin embargo, Esplandián, segundo protagonista de la saga, será criado por un ermitaño —corrección de Montalvo del modelo bretón—, al igual que lo será el héroe principal de *Florisando*. La primera información que nos ofrece Páez del ermitaño, educador ejemplar de Florisando, es cuando hace referencia al espacio en el que se encuentra dicho personaje que vive en una ermita situada en un lugar alejado «en una sierra no muy grande (...) una hermita nueva» (Ribera, 1510: Fol. 8 „). Intervendrá en un primer momento como salvador que da consuelo y ayuda a los portadores del niño Florisando y, posteriormente, será su compañero de aventuras. El

5. «(...) e los metió en la mar en muy fieras prisiones e al tiempo que lo llevavan preso, dixo a un labrador que fiziesse saber de su prisión a don Galvanes e al rey Arbán», en *Fío* [Fol. 26 r a] y *Fío* [Fol. 26 r b].

6. «El Rey, que el donzel mirava y muy fermoso le pareció, dixo: -Faceldo aquí venir, Gandales, y yo lo quiero criar (...) Pero dígoos de la Reina que fazia criar el Donzel del Mar con tanto cuidado y honra como si su fijo propio fuesse.», en Rodríguez de Montalvo, Garci (2004), *Amadís de Gaula*, I, Cacho Bleuca, Juan Manuel (ed.), 5.ª ed., Madrid, Cátedra, cap. III, págs. 260 -262.

personaje del ermitaño distará de las figuras de otros ermitaños, pero compartirá particularidades con otros pertenecientes a *Amadís de Gaula* y a las *Sergas de Esplandián*. Aunque Amadís no es educado por un hombre de Iglesia decide, en el conocido episodio de la Peña Pobre, alejarse de la vida de caballero andante y retirarse «con un buen viejo en una hermita a la vida solitaria (...)» (Cacho Blecua, 200: 699), si bien por motivos bien diferentes (el rechazo de Oriana).

También, es coincidente la descripción física de este personaje con otros buenos ermitaños del ciclo. En *Amadís* encontramos «un hombre de orden, la cabeza y barbas blanco (...)» (*Op. cit.*: 704). El buen obrar y los consejos de este personaje serán relevantes en la vida del héroe que deja durante el mencionado episodio su nombre, sus armas y a su escudero para llamarse Beltenebros, relegando el papel de defensor para convertirse en una especie de orador, aunque nos deja claro que este cambio de vida no fue «por devoción, mas por gran desesperación» (*Op. cit.*: 710). Bajo la tutela del ermitaño, Amadís será instruido en el rechazo de los vicios y los placeres del mundo en la ermita de la Peña Pobre.

En los libros de *Amadís* sobresale el nombre de Nasciano, personaje que pudo aparecer en el *Amadís* primitivo, según María Rosa Lida⁷. Montalvo se detiene a explicar como ciertos personajes se asombran del sabio conocimiento de Esplandián al haber sido educado por Nasciano (tal como se narra en el libro III de *Amadís de Gaula*), de ahí el porqué de no perder tiempo en adoctrinarlo, pues ya parece conocer los entresijos de la fe, como también ocurrirá con el protagonista de *Florisando*. Importantes intervenciones protagonizan los ermitaños de las *Sergas y Florisando*, cuyas actuaciones serán decisivas en el relato, ya que son ellos quienes consiguen la paz en determinados momentos.

Encontramos otras semejanzas en la descripción de los ermitaños en estos libros, de este modo en las *Sergas* se describe, con similares palabras a las del *Amadís*, a un ermitaño que tras una breve aparición insta a apartarse de las tentaciones mundanas a Esplandián, al igual que hiciera Jesucristo en su momento, retratándolo como «hombre viejo con la barva muy larga» (Montalvo, 2003: 136). Coinciden estos sabios hombres en una característica relacionada con la edad: todos ellos han alcanzado la senectud; por lo que, siguiendo la tradición clásica, el tiempo aparece emparentado con el saber. Coinciden también estos personajes en ser hombres de vida discreta, de gran

7. Lida de Malkiel, María Rosa, «El desenlace del *Amadís* primitivo», en *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, Eudéba, 1969, págs. 149-156; Rodríguez Moñino, Antonio, «El primer manuscrito de *AmG*: noticia bibliográfica», en *BRAE*, núm. 36, (1956), págs. 13-24.

juicio y sabiduría. La lectura de las acciones de estos personajes sin duda contribuyeron a la configuración de la figura del ermitaño en *Florisando*.

Otra coincidencia digna de destacar entre el ermitaño de *Florisando*⁸ y los de anteriores narraciones (Beltenebros, Nasciano e incluso otros ermitaños de libros de caballerías posteriores, como *Palmerín de Inglaterra* o *Tirante*) es el hecho de que antes de ser ermitaños eran hombres dedicados a la caballería. Se delimitan los distintos estamentos sociales, pero de forma que nunca un personaje podrá ser guerrero y hombre de Iglesia a la vez⁹.

Para concluir la intervención del ermitaño en la obra de *Florisando* y darle un merecido final en el relato, el autor opta porque el personaje elija una vida apartada del mundo de la caballería y dedicarse definitiva e íntegramente a la vida contemplativa. La función de este personaje concuerda —en cierto sentido— con la del padre mortal de los héroes mitológicos, cuya función era criar y educar a los héroes como auténticos niños, sin saber que serían en el futuro superhombres. En este sentido, la decisión de volver a la vida solitaria supondrá la separación de su hijo adoptivo o discípulo. Florisando entenderá este retiro del ermitaño como causa de su vejez, fruto de una imaginación realista del autor; Páez procura no romper la sucesión temporal, al contrario que hizo Montalvo al impedir que sus personajes envejecieran.

Durante gran parte de su biografía, el ermitaño tiene una vida activa, primero como educador de Florisando luego, seguirá a éste en muchas de sus aventuras, como su guía y consejero, además actúa como personaje participe de hazañas y su función secundaria será conversar con infieles para atraerlos a la fe cristiana. Otra función del ermitaño en *Florisando* es aquella en la que hace de cronista, función que Montalvo en *Amadís* decide atribuir al maestro Elisabab, perteneciente a la Iglesia.

Otra de las funciones de las que se ocupa, en determinados momentos, el religioso será la de ejercer de curandero, de médico o de cuidador, según la necesidad del momento. En *Florisando*, esta labor es encarnada por uno de los personajes que Páez conservará de los anteriores libros de Montalvo: el maestro Elisabab, del cual se dice: «el maestro Elisabad curó de sus heridas e proveyó en todo lo que era para sus saludes necessario» (Ribera, 1510: Fol. 213 .b). Además de ser un *oratore*, un experto cono-

8. «E ya el hermitaño le tenía consigo en la hermita que estava tan grande como otro de doze años e aviale amostrado a leer e escribir e gramática e otras lenguas de que mucho sabía el hermitaño que havia andado por muchas partes e sido cavallero andante.», en *Fío* [Fol. 10 r a],

9. Vid. LluI, Ramón (1992), *Libro de la orden de caballería*, Luis Alberto de Cuenca, (trad.), Madrid, Alianza Editorial.

cedor de la medicina que, en diversos momentos, utiliza para salvar de grandes apuros a muchos caballeros. Pongamos como ejemplo el caso de don Bruneo (Montalvo, 2005: 1198), Amadís, Lisuarte¹⁰ y otros muchos. No olvidemos que Elisabab actúa en otras ocasiones como mensajero, cronista y mediador¹¹. En *Florisando*, al igual que en los libros de Montalvo, Elisabab no es un personaje que intervenga en la trama en excesivas situaciones, pues sólo llega a aparecer en contados momentos en los que se necesitan sus conocimientos médicos, además de en el despertar de la corte de Amadís (trama que recupera el final de *Sergas de Esplandián* en la que muchos personajes de la trama amadisiana son encantados por Urganda para librarlos de la muerte. El desenlace del libro quinto de Montalvo es continuado por Páez de Ribera en *Florisando*. Ribera retoma el final de las *Sergas* bien avanzada la historia de *Florisando*. Los personajes de la corte de *Amadís* despiertan gracias a un milagro divino, entre los que Urganda hechizó se encuentra el maestro Elisabab). Merece la pena detenerse en el instante en el que tras el largo tiempo en el que han estado encantados despiertan milagrosamente. Páez utiliza el humor para romper la posible vinculación de Elisabab con los libros mágicos de la maga Urganda. El emperador llega a pronunciar las siguientes palabras:

—Maestro, levantaos e dexad este libro que en las manos tenéis, que gran rato ha que estáis estudiando.

—Por buena fe, señor, —dixo el maestro— en mi vida tomé libro en la mano que tan poco en él estudiase como en éste, que después que Urganda me le dio me cayó tanto sueño que no he despertado más ha de dos horas (Ribera, 1510: Fol. 159 r a).

El tono humorístico sería entendido por los oidores y lectores sin problemas porque conocían las referencias intertextuales del relato. El momento en el que es desencantado Elisabab en el *Florisando* debemos compararlo con el instante en el que fue encantado por Urganda previamente en las

10. En las *Sergas de Esplandián* se vuelve a hacer referencia a la cura que hemos descrito del rey Lisuarte en el libro III de *Amadís*, para sanar, en este caso, al jayán Matroco:

«La historia cuenta que el maestro Helisabad (...) halló que el rey Lisuarte sostenía la cabeza del jayán con sus manos (...) lo sanó de sus llagas en el monasterio de Lubaina como os ha contado (...) miró las heridas del gigante e la mucha sangre que se le avía ido (...) Pues quitándole los pedaços de las armas que de la batalla le quedaron, y tomándole los pedaços de las armas que de la batalla le quedaron, tomándole la sangre, mandó que lo pusiesen en un lecho», en Rodríguez de Montalvo, Garci, *ed. cit.*, cap. VIII, pág. 173.

11. Rodríguez de Montalvo, Garci, (2003), *Sergas de Esplandián*, *ed. cit.*, cap. XII, págs. 189- 193. Labor que también lleva a cabo en *AmC*, *ed. cit.*, cap. XCIC, pág. 1402.

Sergas: «Y entonces Urganda, tomando consigo al gran maestro Helisabab (...) lo hizo ser en otra silla en una muy hermosa cámara que con la gran sala confinava; y púsole este libro, que él avía escrito y ordenado, en sus manos» (Montalvo, 2003: 820).

Destaca el hecho de que Elisabab tiene cabida en *Florisando* porque niega su relación o vinculación con los libros mágicos y con Urganda. En el *Lisuarie de Grecia* de Feliciano de Silva, séptimo libro de la saga amadisiana, también sobrevive este personaje, aunque sin los reparos morales que presenta en la obra de Páez de Ribera¹².

Al continuar con el estudio de otras figuras religiosas, que actúan y median en los conflictos de la narración caballeresca, debemos analizar las doctrinas que inculcan ciertos personajes de gran relevancia como el Papa. Podemos establecer un paralelismo entre el Sumo Pontífice y el rey Amadís, ya que al indagar sobre sus funciones ambos se nos presentan como mediadores del poder de Dios. Papa y rey son los encargados del gobierno en la Tierra por mandato divino, el primero a través de la oración y la propagación de la palabra de Dios, y el segundo mediante la defensa con las armas del Ser Supremo, por medio de la fuerza y la toma de decisiones de estado. Si bien sólo hay un Papa, en cambio puede haber muchos reyes. No obstante, el Papa es el primer eslabón vivo del poder divino y Amadís debe mostrarle pleitesía. El Papa está caracterizado desde una visión casi divina y es quien toma las decisiones trascendentales como autorizar los rezos y procesiones que precedieron al milagro del brazo de San Silvestre que despertará a los encantados¹³. Es una figura que no interviene tan asiduamente como otros personajes en la obra, aunque estos son siempre conscientes del poder del Papa.

Podemos comparar el milagro por el que despiertan los personajes de la corte de Amadís con una resurrección, que desde una visión cristianizada, hace volver al protagonista de la muerte para retornar a la vida y poder tener así un comienzo diferente. De esta manera, Páez resuelve el pasado del héroe con la redención o bautismo de los pecados cometidos anteriormente. En este sentido, Ana Carmen Bueno Serrano habla de «La interpretación de Páez de Ribera del encantamiento de Amadís de Gaula en *Las Sergas*» (Bueno, 2009: 41). Por otro lado, en lo que concierne a la

12. Vid. Silva, Feliciano de (2002), *Lisuarie de Grecia*, Sales Dasí, Emilio José (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, cap. LXXXVII, pág. 200.

13. En el capítulo CXLIX de *Florisando* se llevan a cabo una serie de rituales religiosos (la procesión y llanto del pueblo, la ofrenda de los monjes y la reliquia del brazo de San Silvestre) son permitidos por el Papa para la «salvación» o liberación de los protagonistas (Amadís, Oriana, Esplandián, Leonorina...) que permanecen encantados por Urganda.

figura del rey, Amadís representa en *Florisando* a un soberano en cuya persona residen el poder y el deber de mantener el equilibrio y el orden de Dios en la Tierra. Para conservar dicha armonía, el monarca debe estar al servicio del Altísimo. Históricamente, el rey era el jefe de estado (incluso actualmente lo es en algunos países), según la *Lex Regia* era el encargado de tomar decisiones y gobernar sobre todos sus súbditos. Parece evidente que en *Florisando* son los personajes religiosos y, sobre todo, el santo monje Enselmo, quienes comparten el gobierno con el monarca. También existen ermitaños en otras obras que actúan como consejeros, como ejemplo podemos citar el caso del ermitaño que presta su ayuda y ofrece sus sabios consejos al rey Enrique en la obra *Tirante*¹⁴. Sin embargo, en *Amadís* eran fundamentalmente personajes no eclesiásticos los que se dedicaban a aconsejar a los reyes o a avisarles de que no actuaban justamente, como el consejero Don Grumedán¹⁵.

En *Florisando* encontramos personajes que ejercen altos cargos de la Iglesia junto a monjes, de carácter humilde y sencillo, aunque serán tres santos monjes los que tengan una mayor presencia en este libro:

(...) e el uno d'ellos era de un monesterio de dentro de Roma que havia por vocación, *omnium sanctorum*, e llamávase este monje Enselmo. E el uno de los de <hi>[[Jerusalén se dezía Severino e el otro Triburcio. E los del monte Sinaí el uno se nombrava Soterio e el otro Paladio. El hermitaño como supo que aquellos eran los que él por santos havia oído al emperador e a otros de mucha autoridad (Ribera, 1510: Fol. 99 ,b).

Al analizar la figura de estos santos observamos que el autor vuelve a situar el espacio en la ciudad de Roma, ejemplo de ambiente conservador del clero de esta época. El monje Enselmo es el que tendrá un mayor protagonismo. Otro ejemplo de esto lo encontramos en la puesta en escena que precede al milagro del brazo de San Silvestre, mientras que todos los santos monjes procesionan y rezan en hermandad será Enselmo el que reprenda y hable: «Enselmo predicó muy devotamente e manifiestó al pueblo como su venida era por mandamiento del Papa para rogar a Dios que oviesse piedad de aquellos pueblos e alçasse su ira de aquellos reyes» (Ribera, 1510: Fol. 119 ,.).

14. Martorell, Joanot y De Galba, Martí Joan (1969), *Tirant jo Blanc*, Vidal Jové (trad.), Madrid, Alianza Editorial, vol. I, cap. 8, págs. 72-73.

15. *AmG* II, cap. LXIV, págs. 922- 923. *Vid.* también en *AmGW*, *ed. cit.*, cap. CXXXIII1.

El ideal representado por el monje Enselmo no es otro que el de la vida trascendental dedicada a la oración, la misa y las confesiones, en contraposición a la figura del caballero santo¹⁶. Sin duda, lo que más llama la atención es el hecho de que intervenga con tanta frecuencia, pues no titubea en actuar como intercesor de religiosas y caballeros.

Las doctrinas de Enselmo van dirigidas —según las circunstancias— a reyes, príncipes, religiosos o al pueblo llano. El monje ofrecerá a reyes y príncipes consejos de cómo gobernar sus reinos y a sus súbditos. La obra es, en estas ocasiones, un regimiento de príncipes. En su doctrina plasma las cualidades de un buen rey, destacando la prudencia¹⁷ y la caridad¹⁸. Además, se detiene a explicar las cuatro virtudes cardinales¹⁹ que deben acompañar a todo rey: «Aún havéis de tener siendo reyes otras cuatro compañeras que son discreción e templança, fortaleza e justicia»²⁰. Dichas virtudes coinciden con las antes alabadas por otros autores del siglo XV, como Mosén Diego de Valera: «Sea la sonda muy gran discrición que a lexos mire todas las cosas. Sea el leme que la fusta gobierne la caridad que sienpre tengáis. Sea el mastel que no es de olvidar, guardar vuestra ffe, que nunca se quiebre. Sean las entenas de grand fortaleza, con prudencia, justicia, tenprança» (Penna, Mario, 1959: 147)²¹.

Valera describe cómo un rey debe estar sujeto a la caridad, la fortaleza, la prudencia y la templanza. Más adelante, indicará las seis virtudes que debe poseer un rey, entre ellas la justicia²²; sobre estas cualidades hará hincapié el monje san Enselmo al rey Amadís, aptitudes o facultades que se recogen en el Libro de Séneca de *Las cuatro virtudes*²³ o ensalzadas por San Gregorio en el *Libro III de las costumbres*, etc., fuentes que son citadas

16. Sobre los caballeros santos *vid.* Amezcua, José (1984), *Metamorfosis del caballero. Sus transformaciones en los libros de caballerías españoles*, México, UAM, págs. 61- 85.

17. «E dize San Pablo que todo hombre ha de ser diligente en oír e tardio en hablar...», en *Fío* [Fol. 178 V b].

18. «Conviene os assimismo para ganar la voluntad e amor de Dios tener fe e esperança e caridad», en *Fío* [Fol. 179 r b].

19. Sobre las consideraciones de la Iglesia sobre la virtud y la tentación *vid.* Fossier, Robert (2008), *Gente en la Edad Media*, Gómez Crespo, Paloma y Chaparro Martínez, Sandra (trads.), Madrid, Santillana Ediciones Generales, págs. 353-356.

20. «Capítulo CLXXX: Cómo el santo monje dixo ciertas cosas al rey Amadís cómo se governasse en su estado para el servicio de Dios e el bien de sus reinos.», en *Fío* [Fol. 177 V b]. *Vid.* [Fol. 178 r a] y [Fol. 178 r bj].

21. Valera, Diego de (1959), *Espe/o de verdadera nobleza. Biblioteca de Autores Españoles. Proscistas castellanos del siglo XV(I)*, Edición y estudio preliminar de Penna, Mario, Madrid, Atlas, págs. 191-196.

22. *Op. cit.*, pág. 148.

23. Veyne, Paul (2007), *Séneca*, Villaverde (trad.), Julia, Barcelona, Marbot.

por Páez de Ribera. Los rasgos más destacables son la discreción en la administración de la justicia, la templanza para vivir rectamente, la fortaleza en el corazón para apartarse de lo negativo y la justicia para gobernar a las anteriores virtudes y a los hombres. Estas cuatro compañeras —como así las denomina el clérigo— son las que ayudarán a llevar una vida y un gobierno rectos:

«Discreción con que veáis las cosas e veáis e juzgéis ciertamente según son o pueden ser e obrar en ellas como obrar se deven e no arrebatadamente. Templança porque es cosa que faze vivir al hombre derecho no usando de las cosas más de lo que cumple a su natura e pertenecen a su estado. Fortaleza en el coraçón porque faze al hombre después de conocido el bien seguirlo e porfiar de lo llevar adelante e aborecer el mal, trabajando de lo desfazer. Justicia es la quarta compañera e es madre de todo bien, porque ésta trahe consigo todas las otras e endereça los coraçones de los hombres a vivir derecha e ordenadamente, según el mandamiento de Dios, dando a cada uno su derecho e aquello que le conviene.», en el Capítulo CLXXX «Cómo el santo monje dixo ciertas cosas al rey Amadís como se governasse en su estado para el servicio de Dios e el bien de sus reinos» (Ribera, 1510: Fol. 177 v b).

Estas ideas forman parte de una tradición, no olvidemos que Aristóteles aconsejaba a los monarcas apartarse de la saña y la ira. Páez de Ribera no elude las digresiones que pueden resultar excesivas al lector, pero intenta que no le supongan bruscas interrupciones en su lectura.

El santo monje pretende hacer del rey Amadís un buen gobernante y un perfecto caballero con sus recomendaciones de mesura, cuidado en el hablar y rienda suelta en el oír, entre otras. Serán estas máximas las que avalen los argumentos de autoridad de los santos religiosos y los sabios filósofos como Salomón, San Pablo o San Jerónimo. Como ya afirmó Vegecio, en *De re militari*, Valera explica que «a ninguno conviene tantas nin tan buenas cosas saber como al príncipe, cuya doctrina a todos sus súbditos debe aprovechar» (Valera, 1959: 177). Añadamos a todo esto que dichos consejos también son buenos a la hora de elegir consejeros; advierte así el monje: «(...) havéis de elegir de vuestros pueblos para en vuestros consejos varones poderosos en la virtud temerosos de Dios amadores de la verdad, aborrecedores de toda avaricia (...) Han de ser los de vuestros consejos viejos e maestros o doctores para que os ayuden a sustentar el trabajo de la governación (Ribera, 1510: *Fio.* 180, b).

Esta idea pertenece a la tradición que considera la senectud como sinónimo de sabiduría y, por lo tanto, es condición necesaria para los

consejeros de los monarcas, por lo que Páez caracteriza a sus ermitaños y religiosos como ancianos. Páez recopila las referencias de aquellos filósofos, teólogos y sabios que defendieron esta idea y nos recuerda que en el libro del *Éxodo*²⁴, capítulo XVIII, se argumenta la necesidad de consejeros y de las cualidades que debían poseer; en el *Eclesiástico*, capítulo XXX del Papa Inocencio, también encontramos referencias a dicho tema y, por último, en el capítulo III del *Libro de la Sabiduría*²⁵, del Papa Anacleto, hallamos alusiones a dicho asunto en la obra de Páez de Ribera: «e la gloria de los viejos sean las canas, no por esso solo se nombran viejos por la edad decrepita, salvo por lo que alcançan a saber, como lo dixo en un decreto el Papa Anacleto» (Ribera, 1510: Fol. 180 r b). Según las palabras del propio Papa Anacleto: «*Senectus enim venerabilis est non diuturna, ñeque annorum numero computata: cani autem sunt sensus hominis; et aetas senectutis vita immaculata*» (Torres Amat (ed.), 1834: 318). Páez también cita a otros religiosos que ilustran este tema: el Papa Clemente²⁶, el Papa Fabián²⁷ y San Jerónimo (Tobías, capítulo XI²⁸). También hallamos esta axiología en Santo Tomás de Aquino, exactamente en su cuarto diálogo o en las palabras del religioso en su libro *De institutione principum*²⁹.

Otro aspecto para un buen gobierno es aquel que se refiere a la educación del rey. Este debía «governar las tierras e gentes con entendimiento de razón e con derecho de justicia» (Ribera, 1510: Fol. 178 rb) para administrar

24. «Assimismo dixo San Gregorio a un obispo siracusano:

(...) De donde parece que los consejos no han de ser desechados ni menospreciados, mayormente de los reyes que son tenudos a govnar en paz e justicia toda la tierra de su señoría, lo cual ellos solos sin gran deliberación de consejo no podrian hazer porque assi él como su señoría estaría puesto por esto en gran trabajo sería más el trabajo que las fuerças e no lo podrían sufrir, como se trae en el libro del *Éxodo* en el capítulo XVIII e el mismo rey en su consejo sería aflegido assi como se trae en el *Eclesiástico* en el capítulo XXX e pues necessidad tenéis tanto de consejo havéis de elegir de vuestros pueblos para en vuestros consejos varones poderosos en la virtud », en *Fío* [Fol. 180 r a] y [Fol. 180 r b]. Mientras que en el *Éxodo* hallamos el consejo de Jetró tras ver a Moisés administrar él solo justicia a su pueblo: «*Provide autem de omni piere viros potentes, et timentes Deum, in quibus sit veritas, et qui oderint avaritiam, et constitue ex eis tribunos...*», en *La vulgata Latina, libro del Éxodo*, Torres Amat, Félix (ed.), Madrid, Imprenta D. Miguel de Burgos, 1834, pág. 187.

25. *Fío* [Fol. 180 r b].

26. «(...) que ni por vergüencia de nuestro linaje havemos de menospreciar de aprender de aquellos que tuvieren poca edad siendo letrados, si aquello que podemos aprender d'ellos es provechoso e de la salud», en *ibid.*

27. «(•••) entre los antiguos e verdaderos se ha de escudriñar la verdad», en *ibid.*

28. «en los antiguos está el saber, en los muchos días está la prudencia», en *ibid.*

29. Aquino, Santo Tomás de (1864), *De regimine principum*, Carbonero y Sol, León (trad.), Sevilla, Imprenta D. A. Izquierdo.

justicia, castigando y corrigiendo correctamente a sus súbditos. Diego de Valera en su *Doctrinal de príncipes* indica que un rey «deve ser muy temeroso y amador de Dios (...) qu'el propio oficio de los reyes es faser derecho juizio e justicia» (Valera, 1959: 174 y 187). Por otro lado, la figura del rey Amadís corre la misma suerte que en la primera continuación de Montalvo, en las *Sergas*, donde Amadís es increpado severamente por Urganda para que se centre en las tareas que, como gobernante, debe llevar a cabo, dando al relato una nueva orientación. Amadís deja de ser el perfecto caballero y pasa a serlo Esplandián. Posteriormente, Páez hará con Florisando lo que hizo Montalvo con Esplandián, es decir, encumbrar a un sucesor de Amadís como héroe que encarna la perfección caballeresca y espiritual, idea que ya fue apuntada por Sydney Paul Cravens: «La perspectiva crítica de Montalvo hacia Amadís y sus aventuras pasó al sexto libro del ciclo, la crónica de Florisando (...) Amadís aparece aquí como un monarca agobiado por problemas políticos y militares. Su pasado glorioso se recuerda como un modelo que los mozos deben superar con hazañas más calificadas y cristianas» (Cravens, 2000: 56). Este cambio en la actitud del personaje de Amadís lo presentó Montalvo en las *Sergas*, postura que fue criticada por Gil y Gaya, quien afirmó: «El contraste entre el espíritu religioso de nuestra caballería y el aire exótico lleno de resabios paganos de las novelas artúricas, lleva a Montalvo a hacer que el propio Amadís reniegue de sí mismo, imperdonable falsificación artística del personaje en que se cifraban todas las virtudes» (Gil y Gaya, 1947: 107). Por su parte, José Amezcua habla de la preferencia de Montalvo por Esplandián y la nueva caballería, de este modo, afirma: «Como Amadís es el símbolo de la caballería bretona, hacia él estarán encaminadas las censuras, el menosprecio, en el cual el autor parece complacerse» (Amezcua, 1972: 326).

Reyes y caballeros podían alcanzar más fácilmente riquezas y bienes y, por lo tanto, podían caer en la codicia, un pecado que era muy reprendido por los que predicaban. La figura de algunos personajes de la corte van ensombreciéndose, sin embargo, otros personajes pertenecientes al clero se glorifican al ser ayudantes, sirvientes y mediadores del bien y de la fe. Sin ninguna duda, Páez de Ribera quería favorecer al estamento religioso, de ahí que ensalzara con vehemencia sus virtudes.

Los personajes religiosos de *Florisando* no pierden de vista la figura divina, la guía de su vida —Dios— aunque se vean inmersos en cualquier aventura o empresa. De esta manera, la divinidad cristiana forma parte de la ficción narrativa, siempre omnipresente en las expresiones de caballeros y santos. En el sermón de Enselmo nos habla de un Dios que debe amarse, pero también temerse (Ribera, 1510: Fol. 178 ,b). Para apoyar sus teorías

nos colmará de testimonios de las diversas fuentes, citas que recorren las páginas de una obra cuyo interés didáctico y moralizador queda reflejado desde el comienzo³⁰. Cuando se atisba el final del libro el santo se dedica a propagar la palabra de Dios. El resto de las recomendaciones del devoto están orientadas a conseguir una situación de paz, pasando por la exaltación de la ciencia, el arte de aconsejar y llega a imponer, necesariamente, el alejamiento de la mentira³¹.

Descubrimos en el *Florisando* otros personajes que se contraponen a los religiosos, son aquellos cuyas virtudes y peculiaridades antitéticas los hacen opuestos a su fe: los infieles. La dicotomía cristiano/infel representa para Páez la misma antítesis que luz/oscuridad o vida/muerte. El contrapunto a los personajes humildes y auxiliaadores son los fieros y soberbios jayanes. Existe un claro contraste en las descripciones de ambos extremos: el sujeto negativo —infel, jayán— no es caracterizado de forma individual, sino de forma colectiva y desfavorable. A los enemigos de la fe católica se les tacha, en incontables, ocasiones de infieles³², soberbios y fieros³³. Se les considera crueles³⁴, descortesés³⁵, tramposos³⁶, terribles³⁷, monstruosos³⁸. En cambio, sí que debían ser fuertes³⁹, grandes y valientes, pues cuanto más difícil de vencer fuera el enemigo más grandiosa sería la victoria del que resultaba vencedor. Esta negativa caracterización forma parte de una visión arquetípica en la que los enemigos eran *los otros*, los adversarios

30. También en el *Doctrinal de caballeros* de Alonso de Cartagena: «(...) arredrarse de la suave e santa elocuencia de los santos Padres que agora nombré y de otros muchos que los siguieron e siguen», en Cartagena, Alonso de (1995), *Doctrinal de caballeros*, Viña Liste, José María (ed.), Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, pág. 49.

31. *Vid. Florisando* [Fol. 180 -181], en estos folios encontramos coincidencias con una de sus referencias literarias, el *Libro de la Sabiduría*, fuente de la que debemos citar las siguientes palabras: «*Homo sapiens tacebit usque ad tempus: lascivus autem et imprudens non serva bunt tempus.*», en *La vulgata Latina*, ed. cit., pág. 401.

32. *Vid. Fío* [Fol. 93 v a] y [Fol. 93 v b],

33. «(...) e los jayanes eran los más fieros e más sobervios hombres que ella nunca oyó dezir», *Fío* [Fol. 209 v b].

34. «(...) uno de los más sobervios e crueles jayanes que havía en el mundo», en *Fío* [Fol. 28 r a].

35. *Fío* [Fol. 93 v a],

36. «(...) la condición de los jayanes es: acometer sus fechos con mucha ventaja e sobervia», en *Fío* [Fol. 24 v b].

37. «(...) la condición de los jayanes especial la d[e]jiste: que dizen que es la más terrible del mundo», en *Fío* [Fol. 29 v a],

38. «Lo uno porque asi como estos jayanes según tu gran fuerça e desmesurada grandeza más parecen cosas mostruosas que onbres humanos», en *Fío* [Fol. 32 r a].

39. «(.) bravos e muy fuertes jayanes», en *Fío* [Fol. 100 v a].

de la Santa Fe. El infiel constituye así un elemento histórico-social que Páez decide retratar en su obra, haciéndose eco de las luchas del siglo XV o de las expulsiones de los no convertidos al cristianismo que se hicieron oficiales con el Decreto de 1492.

Por otro lado, observamos que perviven formulismos literarios anclados en el tiempo a la hora de caracterizar a los personajes antagónicos. Páez se detendrá en describir o dar cierto protagonismo a estos personajes cuando son grandes adversarios o cuando acaban convirtiéndose al cristianismo.

En conclusión, podemos considerar la obra *Florisando* como el culmen ortodoxo de la saga amadisiana. Páez utilizó los dogmas religiosos con el fin de propagar la fe en un acto de clara convicción teológica y filosófica, a la vez que consideraba que el demonio estaba detrás de todo artificio mágico o de encantamiento. Las páginas de *Florisando* están impregnadas del tono eclesiástico y moralizador acorde al pensamiento y a la expresión de quien lo escribe. Los personajes religiosos ocupan un primer plano, aunque sin dejar nunca atrás al héroe principal de la trama. Los caballeros hablan desde su gratitud a Dios, las doncellas suplican a la Divinidad, mientras que gigantes y enanos ocupan el plano antagónico junto a los infieles o impíos. De modo que, se justifica la violencia, la guerra, la lucha, el enfrentamiento de poderes o las batallas con la convicción de que el fin religioso justifica siempre los medios bélicos.

Bibliografía

- Amezcuca, José (1972), «Oposición de Montalvo al *Amadís*», *NRFH*, 21, págs. 320- 337.
- (1984), *La metamorfosis del caballero. Sus transformaciones en los libros de caballerías españoles*, México, UAM.
- Aquino, Santo Tomás de (1864), *De regimine principum*, Carbonero y Sol, León (trad.), Sevilla, Imprenta D. A. Izquierdo.
- Bueno Serrano, Ana Carmen, «La penitencia de Amadís de Gaula en el *Florisando* de Páez de Ribera la luz del folclore», *Tirant*, 12, (2009), págs. 33-57.
- Cartagena, Alonso de (1995), *Doctrinal de caballeros*, Viña Liste, José María (ed.), Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico.
- Cravens, Sydney Paul (2000), «*Amadís de Gaula* reivindicado por Feliciano de Silva», en *NRFH*, XLVIII, núm. 1, México, Colegio de México.
- Feliciano de Silva (2002), *Lisuarte de Grecia*, Sales Dasí, Emilio José (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

- Fossier, Robert (2008), *Gente en la Edad Media*, Gómez Crespo, Paloma y Chapparro Martínez, Sandra (trads.), Madrid, Santillana Ediciones Generales, págs. 353- 356.
- Garci Rodríguez de Montalvo (2003), *Sergas de Esplandián*, Sainz de la Maza, Carlos (ed.), Madrid, Castalia.
- (2004), *Amadís de Gaula 1*; Cacho Blecua, Juan Manuel (ed.), 5ª ed., Madrid, Cátedra.
- (2005), *Amadís de Gaula 11*; Cacho Blecua, Juan Manuel (ed.), 4ª ed., Madrid, Cátedra.
- Gil y Gaya, Samuel «Las *Sergas de Esplandián* como crítica a la caballería bretona», en *BBMP*, XXIII, págs. 103-111.
- La vulgata Latina*, Torres Amat, Félix (ed.), Madrid, Imprenta D. Miguel de Burgos, 1834.
- Lida de Malkiel, María Rosa, «El desenlace del *Amadís* primitivo», en *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, págs. 149-156.
- Llul, Ramón (1992), *Libro de la orden de caballería*, De Cuenca, Luis Alberto (trad.), Madrid, Alianza Editorial.
- Martorell, Joanot y Joan de Galba (1969), Martí, *Tirant lo Blanc*, Vidal Jové, Joan Francese (trad.), Madrid, Alianza Editorial, vol. I, cap. 8, págs. 72-73.
- Prosistas castellanos del s. XV*, Penna, Mario (ed.), Madrid, Atlas, 1959.
- Ribera, Páez de (1510), *Florisando, editio princeps*, impreso en Salamanca por Juan de Porras, custodiado en la *British Library*.
- Rodríguez Moñino, Antonio, «El primer manuscrito de *AmG*: noticia bibliográfica», en *BRÆ*, 36, (1956), págs. 13-24.
- Sales Dasí, Emilio José, *Edad de Oro*, XXI, Madrid, UAM, (2002), págs. 117-152.
- Silva, Feliciano de, *Lisuarte de Grecia*, (2002), Sales Dasí, Emilio José (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pág. 200.
- Textos para la Historia*, Artola (trad.), Madrid, Revista de Occidente, 1969.
- Valera, Diego de (1995), *Doctrinal de caballeros*, Viña Liste, José María (ed.), Universidad de Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico.
- Veyne, Paul (2007), *Séneca*, Villaverde, Julia (trad.), Barcelona, Marbot.